

JORGE DEZCALLAR DE MAZARREDO

ABRAZAR EL MUNDO

Geopolítica: hacia dónde vamos

Índice

<i>Prólogo</i>	11
1. ESTAMOS MEJOR QUE NUNCA	15
2. PERO ESTAMOS DESASOSEGADOS	22
3. EL MUNDO DE LOS ROBOTS	35
4. NO PUEDE UNO FIARSE DE NADIE	48
5. LA DIALÉCTICA LANZA-ESCUDO	55
6. EL RETO DE SER DEMASIADOS	66
7. COMO UN CASTILLO DE NAIPES	73
8. <i>AMERICA FIRST</i>	79
9. LA REINVENCIÓN DE EUROPA	101
10. EL DESPERTAR DE CHINA Y DE RUSIA	118
11. LOS PROBLEMAS GLOBALES	138
El cambio climático	138
Pobreza, desigualdades y hambre	149
La proliferación nuclear	158
El terrorismo internacional	166
Las grandes migraciones	183

12.	LOS CONFLICTOS LOCALES	193
	Taiwán	195
	Ucrania y Bielorrusia	198
	Irán y Corea del Norte	207
	Oriente Medio	215
	El problema israelo-palestino	220
	La guerra de Siria	226
	La guerra del Yemen	234
	Afganistán	240
	La guerra de Libia	248
	Argelia	257
	Venezuela	267
13.	EL MUNDO QUE VIENE	277
14.	EL CISNE NEGRO Y EL ELEFANTE NEGRO	286
	El COVID-19 y la globalización	300
	El COVID-19 y la economía	309
	El COVID-19 y la geopolítica	321
	<i>Impacto sobre el presente</i>	322
	<i>Impacto sobre el futuro</i>	346
	<i>Agradecimiento</i>	363

Prólogo

Son muchos los que piensan que sobre todo asunto hay al menos dos posiciones: la suya y la equivocada. Yo no soy de esos, nunca lo he sido porque tengo la suerte de dudar, y eso implica dar a la otra parte la posibilidad de que esté en lo cierto o de que al menos tenga una parte de razón... aunque no sea mucha, que tampoco hay que exagerar. Y en estas páginas he procurado ser consecuente con esta forma de pensar.

Goethe dijo una vez que «escribir es un oficio muy trabajoso» y el príncipe de Ligne añadía que «hay personas que piensan para escribir y otras que escriben para no pensar», y ambos tienen mucha razón. Pero el virus del COVID-19 me ha encerrado en casa como a todos y eso me ha dado las dos cosas que ambos recomiendan: tiempo para pensar y tiempo para escribir este libro, sobre el que ya tenía muchos apuntes y notas, porque confieso que llevaba un par de años rondándome en la cabeza. Supongo que no en vano he dedicado mi vida a la diplomacia y a la política exterior. Y aunque procuro no ser como aquel que decía que «la inteligencia me persigue, pero yo soy más rápido», la combinación de ambos tiempos me ha permitido reflexionar sobre adónde va el mundo en estos comienzos turbulentos del siglo XXI. Porque, aunque no creo que vayamos a vivir cambios drásti-

cos en un futuro inmediato (salvo que americanos y chinos se líen la manta a la cabeza, que tampoco es imposible), sí creo que, como consecuencia de una pandemia que ha puesto al mundo patas arriba, se van a acelerar ciertas tendencias que ya se venían observando desde hace algún tiempo, y eso implica más cambios sobre nuestras vidas que ya están sometidas a la fuerte presión de la aceleración del «tempo histórico» propio de la época en la que vivimos. El resultado es incertidumbre y miedo, ambos lógicos y comprensibles, porque todo va muy rápido. Nos falta perspectiva para entender lo que ocurre y nos falta tiempo para adaptarnos a tanto cambio repentino. Y más que va a haber.

En este libro trato de analizar los vectores que influyen sobre la geopolítica en la segunda década del siglo XXI desde una profunda humildad, porque la vida es lo que ocurre mientras hacemos planes, que decía John Lennon, y porque los expertos no vieron venir —y a los poquísimos que lo vieron no les hicieron ningún caso— ni la implosión de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, ni la Primavera Árabe, ni la crisis de 2008, ni la pandemia actual que nos hace añorar los años que la precedieron, algo que no hubiéramos podido imaginar. La vida nos sorprende continuamente.

Aun así, creo que no me equivoco si digo que nuestra generación vive cambios a una velocidad nunca vista antes en la historia porque confluyen en nuestras vidas las revoluciones tecnológica, la de la información y la de la genética, o sea, las del átomo, del bit y del gen, además de la revolución demográfica, en un contexto de globalización y de todo tipo de conflictos —globales y locales— en un mundo cuyo centro de gravedad se desplaza hacia el Indo-Pacífico, mientras Estados Unidos se busca a sí mismo tras los turbulentos años de Donald Trump que Richard Haas ha descrito como «una aberración», Europa resiste las crisis pero no acaba de despegar aunque trata de reinventarse, y surgen otros países con ambiciones protagonistas que buscan un reparto diferente de la tarta del poder. Occidente pierde el liderazgo que ha tenido durante los últimos quinientos años al mismo

tiempo que finaliza el ciclo geopolítico que comenzó en 1945 y comienza otro que se debate todavía entre las contracciones del parto. Es la época de los monstruos.

Y este ha sido el momento elegido por el cisne negro / elefante negro del COVID-19 para golpearnos con saña. Bill Bryson ha dicho con humor que un virus es una mala noticia envuelta en una proteína, y esta noticia ha sido realmente mala porque ha desencadenado una crisis que atañe a la humanidad en su conjunto, que afecta tanto a las economías desarrolladas como a las que están en vías de desarrollo, que no ha tenido liderazgo internacional y frente a la cual un mundo dividido en Estados soberanos actúa tarde y mal. Un problema que nos afecta a todos y del que deberemos también salir todos juntos, pues nadie estará seguro mientras los demás no lo estén también. Una pandemia que nos ha confinado en nuestros hogares, que nos ha traído un ambiente de guerra sin disparos y cargado de presagios que probablemente anuncian cambios permanentes en nuestra misma forma de vivir y en la distribución de poder político y económico. Una crisis que nos coloca ante el difícil reto de salvar vidas sin hundir la economía sabiendo que cuanto más tardemos en salir, más lenta será la recuperación. Cuando doy los últimos toques a este libro parece que el virus regresa, en realidad nunca se había ido, los contagios vuelven a subir en el mundo y una mutación originada en Sudáfrica y que la OMS ha bautizado con el nombre poco sexi de «ómicron» vuelve a cerrar fronteras y hace bajar las bolsas y el precio del petróleo, sin que todavía se conozca su verdadero alcance y peligrosidad... Es probable que el ansiado retorno a la normalidad nos lleve a una nueva normalidad a la que habremos de acostumbrarnos. Cómo van a cambiar las cosas a partir de ahora es algo abierto a discusión y sobre lo que me permito poner algunas ideas sobre la mesa con objeto más que otra cosa de estimular las neuronas del lector para que saque sus propias conclusiones.

Hemos pasado más de un año sin poder abrazarnos y mucho tiempo confinados porque hemos alterado el orden natural de las

cosas, después de que un virus saltara desde un animal salvaje a los humanos civilizados... o al menos domesticados. En *El hablador*, de Mario Vargas Llosa, hay un brujo del Alto Picha, en la Amazonia peruana, que explica que «hay una correspondencia fatídica entre el espíritu del hombre y los de la naturaleza y cualquier trastorno violento en aquel acarrea alguna catástrofe en esta». No tengo duda ninguna de que acabaremos saliendo de esta crisis igual que hemos salido de otras anteriores, gracias a una capacidad de adaptación y de supervivencia que nos ha hecho creernos dueños de la Tierra cuando en realidad solo somos sus administradores. Pero aprovecharemos mejor la salida si desarrollamos nuestro sentido de pertenencia a una misma comunidad, la humana, por encima de razas, nacionalidades o religiones, y a un mismo ecosistema del que formamos parte y que tenemos que proteger para evitar a medio plazo una catástrofe al lado de la cual este virus será un simple rasguño.

Por eso, abracemos el mundo que nos sustenta y así podremos también volver a abrazarnos nosotros sin miedo del futuro. Es decir, saquemos lecciones de esta pandemia para crear un mundo más solidario, con reglas claras e instituciones internacionales fuertes donde resolver nuestras diferencias por la vía del diálogo y de la negociación.

Este libro no quiere ser un manual aburrido lleno de citas solemnes y de notas a pie de página. Quiere ser entretenido y fácil de leer, que le deje al lector inquietudes, sugerencias y algunas ideas sobre cómo pueden cambiar las cosas y que de esta forma contribuya a calmar espíritus agobiados. Porque lo que se conoce no se teme, o no se teme tanto como lo desconocido, y porque lo inteligente no es ver lo que uno tiene delante de las narices sino imaginar lo que puede esperarle a la vuelta de la esquina. Y lo hago con mucha humildad porque no tengo certezas sino dudas mientras recuerdo a Winston Churchill cuando decía que se le ocurrían diez ideas nuevas al día, pero que solo una de ellas era buena ... ¡y que no sabía cuál era!

Pues eso...

ESTAMOS MEJOR QUE NUNCA

Déjenme empezar con una nota positiva porque, aunque les pueda extrañar leer esto cuando la pandemia del COVID-19 azota el mundo, lo cierto es que desde que el *Homo sapiens* salió de África hace ochenta mil años, o desde que lo hicieran milenios antes el *Homo antecessor* y el *Homo erectus*, nunca los seres humanos han vivido tan bien y tanto tiempo como ahora. Y esto no es optimismo ni pesimismo, porque me parecen dos maneras igualmente estúpidas de enfrentar la realidad. No estoy de acuerdo con quienes defienden —como Yuval Noah Harari— el bucolismo de la vida de los cazadores recolectores nómadas frente a la especie de esclavitud a la que la sedentarización, la agricultura, la construcción de ciudades, las religiones y los imperios condujeron a la mayoría de los humanos. Los cazadores recolectores vivían libres, sí, en bandas de treinta o cuarenta individuos como muchos simios actuales, en cuevas o al fresco, hiciera frío o calor, deambulando de un lugar a otro en busca de alimento, comiendo un día sí y otro no, y con una esperanza de vida de treinta años con mucha suerte. Y la prueba de que la vida era mejor en las ciudades agrícolas es que la población creció como nunca a partir de ese momento, en torno al año 10000 a.C., y no ha dejado de hacerlo desde entonces.

Que estamos hoy mejor que nunca se puede constatar tomando como ejemplo datos de salud, de longevidad y de violencia en el mundo.

Si comenzamos por la salud, tras la pandemia del coronavirus, extendido con mucha rapidez por todo el mundo, una respuesta descoordinada y dispersa ha sacado a la luz pública los problemas de la falta de liderazgo internacional, de la globalización, de la división internacional del trabajo y de unas cadenas de valor vulnerables. Todo eso es cierto y volveré sobre ello más adelante con mayor detalle, porque lo que ahora interesa destacar es que, a pesar de todo y desde el punto de vista de la salud, la situación es hoy infinitamente mejor que antes en la historia.

Los virus son cualquier cosa menos nuevos y esto de las epidemias viene de muy atrás, pues ya la Biblia nos habla de las siete plagas de Egipto como muestra de la cólera divina cuando el faraón no dejaba marchar a Moisés y al pueblo elegido, aunque Aristóteles en un esfuerzo racionalizador (?) echara años más tarde la culpa del problema a la influencia de los cuerpos celestes. Cabe imaginar la zozobra y desasosiego de aquellas gentes que no entendían ni la causa ni la forma en que se propagaba lo que veían como una maldición, porque, como escribió Alonso de Ercilla en *La Araucana*: «El miedo es natural en el prudente, y saberlo vencer es ser valiente». Y eso, que queda muy bonito, es más fácil de decir que de hacer, porque las plagas debían ser algo terrorífico para mentes dominadas por la magia y la intervención constante de los dioses en sus asuntos cotidianos. Tucídides, en su *Historia de la guerra del Peloponeso*, documentó con detalle una plaga de peste que afectó a Atenas y en la que falleció el propio Pericles, y Ovidio nos habla de otra en sus *Metamorfosis*. El mismo emperador filósofo Marco Aurelio murió, junto a otros cinco millones de personas, de una peste llamada «Antonina» en su recuerdo. Seguro que hubiera preferido no bautizarla.

También murió inoportunamente de peste Alfonso XI cuando asediaba Gibraltar en 1350, poniendo una vez más de relieve que la

plaza no se nos da bien desde antiguo. La peste bubónica, «la muerte negra», llegada a Europa en 1347 con los comerciantes que venían de China, en un ejemplo negativo de globalización, pudo acabar con un tercio o incluso la mitad de la población de muchas ciudades europeas como Florencia, al tiempo que hacía la fortuna de Boccaccio que escribió el *Decamerón* para entretener a un grupo de damas y caballeros refugiados en el campo, como también algunos afortunados han podido hacer ahora. Se calcula que mató a doscientos millones de seres humanos. Hubo otro brote en 1646-1665 que se llevó por delante a doscientas mil personas solo en Sevilla, que se dice pronto, y también al príncipe de Asturias Baltasar Carlos, que a la sazón tenía dieciséis años, con la consecuencia de que el trono de las Españas fue a parar a su hermano Carlos que no tuvo hijos porque no podía tenerlos a pesar de las torturas a las que le sometieron los galenos de la época, que dieron la razón al sarcástico Voltaire cuando decía que: «Los médicos inoculan drogas que no conocen en cuerpos que conocen aún menos». El caso es que a Baltasar Carlos lo mató la plaga, que Carlos II murió sin sucesión unos años después y que así desembocamos en la guerra de Sucesión y en la llegada de los Borbones. Todo por culpa de la peste.

Ha habido otras epidemias terribles, como las de la viruela y el sarampión que llegaron a México a partir de 1520 con la conquista y que pudieron acabar con tres cuartas partes de la población indígena, que no tenía defensas. Lo mismo ocurrió en Nueva Inglaterra con la llegada del *Mayflower*, y por eso no es de extrañar que hoy los indios norteamericanos rechacen la celebración de la fiesta de *Thanksgiving* o Día de Acción de Gracias. Para ellos fue un desastre y porque los colonos ingleses les repartían mantas infectadas con viruela. Por cierto que la vacuna contra la viruela la inventó Edward Jenner a finales del siglo XVIII y Catalina II de Rusia se la hizo poner entre las dudas y el escándalo de su corte, reacia a las «modernidades». Quizás la más mortífera de los últimos tiempos haya sido la mal llamada «gripe española» de 1918 que se llevó por delante a entre cuarenta y cincuenta millones de personas, más

que la Gran Guerra, y entre ellas al gran pintor portugués Amadeo de Souza Cardoso, íntimo de Modigliani, y el gran desconocido de aquella modernidad. Murió entonces el 2 por ciento de la población mundial y aunque se originó en el Medio Oeste norteamericano, recibió ese nombre porque, al no participar España en la guerra, nuestra prensa no tenía censura y era la única que hablaba abiertamente del problema.

Más recientes son la epidemia de sida de los años ochenta que hizo estragos en África (veinticinco millones de muertos) y que, pese a la vacuna que hoy permite si no curar al menos controlar su progreso, sigue siendo endémica en las riberas del lago Victoria; o la de ébola que se descubrió en 1976 en África Occidental con rebrotes en 2014 y en 2020, con una elevadísima tasa de mortalidad, cercana al 50 por ciento, pero cuyo número de víctimas no ha pasado de doce mil, aunque todavía no hay una vacuna, lo que revela una encomiable capacidad de reacción por parte de las autoridades sanitarias a pesar de contar con medios escasos (Obama se volcó en esa lucha). También hemos tenido la gripe asiática de 1957 (un millón de muertos), la gripe aviar de 1997, y el brote de SARS de 2003 otra vez en China (ochocientos muertos y ocho mil infectados). En estos casos, el origen está en virus que han pasado de animales a seres humanos, lo que se llama una zoonosis, que sigue siendo uno de los grandes riesgos de nuestro tiempo porque hemos reconfigurado ecosistemas y destruido hábitats naturales, aunque la causa inmediata haya que buscarla en ciertos hábitos alimentarios y en falta de higiene. Por esa razón, Jared Diamond, el autor de *Armas, gérmenes y acero*, se ha preguntado cómo los chinos no cierran de una vez mercados como el de Wuhan, donde se venden animales salvajes sin control sanitario y de donde con casi seguridad ha salido el último virus.

De modo que siempre ha habido epidemias y que sigue habiéndolas, aunque, por fortuna, estemos muy lejos de los estragos que causaban en el pasado gracias a que tenemos mejores instrumentos que nunca para combatirlos. El hecho de que ahora enfrentemos el virus del COVID-19 no quita mérito a los éxitos obtenidos hasta la fecha

con otros virus, bacterias y bacilos como los de la viruela, poliomielitis, tétanos, tifus, difteria, cólera, peste y ántrax. Y aunque quede aún mucho por hacer, pues seguimos peleando con la fiebre amarilla, la fiebre hemorrágica, el ébola, el dengue, el zika y el parásito de la malaria que todavía produce cuatrocientas mil víctimas anuales, es innegable que hoy estamos mejor que antes. Lo que es inaudito es que a estas alturas aún haya descerebrados que nos avergüencen con la búsqueda «medieval» de culpables de la actual pandemia en los judíos, como han hecho en Irán y en Turquía, o que algunos gobernantes hayan ofrecido recetas igualmente irracionales para combatirlo, como beber o inyectarse lejía. O que no quieran vacunarse. Y es que, como decía Rafael el Gallo, «hay gente *pa tó*».

No es cierto que todo tiempo pasado fuera mejor. Muy al contrario. La esperanza de vida en España rondaba los cincuenta años en 1900, hace poco más de un siglo, mientras que hoy estamos con Japón, Singapur y Suiza entre los países más longevos del mundo y, según recientes estudios, el nuestro será el país con más esperanza de vida de todo el mundo en el año 2040, con 85,8 años según un estudio de la Universidad de Harvard, y eso que ahora la pandemia nos va a quitar unos meses. Como dice el doctor Pedro Alonso, la diferencia entre nacer en España o en el Congo es de veinticinco años y la razón aún hoy son los virus, lo que confirma una vez más que todavía queda mucha tarea por delante. Pero estamos en ello porque con los avances de la medicina también crece la longevidad en otros países, pasando el promedio mundial de los cincuenta y ocho años en 2000 a los sesenta y tres en 2015. O sea, que vivimos más que nunca antes en la historia.

No solo vivimos más años, sino que vivimos mejor, porque, a pesar de que sigue habiendo muchos pobres y desigualdades lacerantes, en buena parte del mundo la gente no solo ya no muere de hambre con la frecuencia con la que lo hacía antes, sino que sobran alimentos. Así, mientras una hambruna un par de décadas antes de la revolución de 1789 mató al 20 por ciento de los franceses, que luego llevaron a la guillotina a María Antonieta por sugerir que si no tenían

pan, comieran cruasanes, hoy las hambrunas bíblicas se restringen en términos generales al Cuerno de África (Somalia, Sudán, Etiopía) o al sureste asiático, algo que sigue siendo intolerable y motivo de vergüenza para un mundo que destruye anualmente miles de toneladas de alimentos. El resultado es que hoy hay más gente con sobrepeso (dos mil cien millones) que con desnutrición (ochocientos cincuenta millones). Sin duda ochocientos cincuenta millones de desnutridos y cuarenta y dos millones que mueren de hambre cada año siguen siendo cifras obscenamente altas, aunque porcentualmente sean las más bajas en la historia de la humanidad.

Y si nos centramos en la violencia, pensemos en el paisaje de bandoleros que ha sido el habitual en el mundo hasta hace muy poco. Viajar de Sevilla a Madrid en 1830 conllevaba un alto riesgo de ser atracado en Despeñaperros por Luis Candelas y sus secuaces, como cuenta el gaditano Augusto Conte en sus *Recuerdos de un diplomático*. Y con las guerras era peor, como muestran las degollinas de los hunos o de los mongoles que arrasaban ciudades y pasaban por la espada a poblaciones enteras, mujeres y niños incluidos. Cuando Tamerlán, que era un tirano particularmente sangriento, conquistó Isfaján (Persia) en 1387 masacró a setenta mil habitantes e hizo levantar para escarmiento general nada menos que veintiocho torres construidas con mil quinientas cabezas cada una. Lo cuenta su cronista, el historiador Hafiz-i Abru, que lo vio con sus propios ojos y al que no cabe culpar por sus lisonjas hacia el jefe. Hoy sigue habiendo bárbaros, pero nos pretendemos mejores a pesar de la brutalidad de las dos guerras mundiales del pasado siglo, sin duda las más mortíferas de la historia, de la tragedia del Holocausto, de la amenaza nuclear y del calentamiento global. Sería absurdo negar que no tenemos problemas, porque seguimos teniéndolos y muchos, lo que importa ahora destacar es que la violencia global disminuye y si en 2019 hubo en el mundo un total de cincuenta y ocho millones de fallecidos, «solo» seiscientos treinta mil personas tuvieron una muerte violenta por guerras, crimen organizado y terrorismo. Y reconozco que más de medio millón son

muchos muertos. Pero no lo son tanto si se comparan con otros siete millones que murieron por enfermedades vinculadas al tabaquismo, a tres millones que fallecieron por sobrepeso y dolencias relacionadas, y a 2,5 millones muertos en accidentes de tráfico. Además, también hubo ochocientos mil suicidios. Todo en 2019.

Pero no hace falta llegar a estas cifras para constatar que vivimos mejor que nunca, que es la tesis que defiendo. Baste pensar que Luis XIV con toda su pompa lo pasaba fatal y no pudo sentarse durante meses por una dolorosa fistula anal que, al parecer, le hacía ver las estrellas y que los galenos de la época no conseguían curar; que Nathan Mayer Rothschild, primer barón de Rothschild, rico como él solo, murió en 1915 porque se le infectó una muela y entonces no había penicilina (se inventó en 1928); o que la primera operación con anestesia total solo tuvo lugar en Estados Unidos en plena guerra de Secesión, en 1863. Operarse antes debía ser un infierno.

Es decir, que tanto desde el punto de vista de la salud, como de la longevidad y de la misma violencia, una parte muy sustancial de la humanidad vive hoy mejor que nunca y ese es un dato a no olvidar cuando con justicia nos quejamos de tantas otras cosas.

PERO ESTAMOS DESASOSEGADOS

Vivimos mejor que nunca, pero no parecemos valorarlo. Estamos inquietos, tenemos miedo ante un futuro lleno de incertidumbres y el desasosiego cunde en derredor, particularmente entre las clases medias cuyo nivel de vida se ve amenazado desde diversos frentes mientras caen una tras otra las columnas que sustentaban un mundo que se creía inmutable. O que pensábamos que si un día cambiaba solo podía hacerlo a mejor. Y no es verdad. Hoy nos avergonzamos de dejar a nuestros hijos una vida ciertamente no peor que la que recibimos en posguerras cutres y hambrientas, sino que la que con mucho esfuerzo hemos logrado construirnos para nosotros. Y aunque «a los afligidos no se les ha de añadir aflicción», que decía Cervantes, la verdad es que tenemos muy buenas razones para estar desasosegados, porque estamos inmersos en una aceleración del «tempo histórico» como no ha habido otra antes. Las cosas ahora suceden muy deprisa y las leyes que regulan la evolución de las especies lo hacen a un ritmo mucho más lento. Nuestro cerebro de cazadores recolectores, que es lo que hemos sido durante la mayor parte de nuestra historia, durante milenios y milenios, no ha tenido tiempo material para adquirir la flexibilidad que le permita adaptarse a tanta mudanza, igual que tampoco tiene capacidad para absorber tanta in-

formación simultánea y el condicionamiento de nuestros comportamientos por la tecnología digital. Es como cuando Émile Zola se interrogaba a mediados del siglo XIX sobre si la mente humana sería capaz de soportar las tremendas velocidades de cuarenta kilómetros por hora que alcanzaba el ferrocarril recién inventado. ¿Acaso no sufriría lesiones? No solo no lo hizo, sino que unificó el mundo de la cultura europea como nos cuenta Orlando Figes en *Los europeos*. Pues ahora nos ocurre como con Zola, aunque multiplicado por la enésima potencia. Y por eso no tenemos otro remedio que recurrir a discos duros externos en forma de teléfonos móviles que ayuden y guíen a unos cerebros incapaces de acumular toda la información que reciben y que necesitan para su diario funcionamiento (nombres, direcciones, cuentas, teléfonos, claves...).

Nos hemos pasado milenios cruzando ríos sobre un tronco de árbol o navegando en balsas, barcas y barcos de vela, y trescientos años haciéndolo a vapor hasta que hace poco más de un siglo, concretamente en 1903, los hermanos Wright lograron despegarse ligeramente del suelo a lo largo de unos trescientos metros. No era mucho, pero fue un cambio radical. En 1943, cuarenta años más tarde, se inventó el motor a reacción y solo otros veintiséis años después, en 1969, Neil Armstrong ponía el pie en la Luna y decía aquello de: «Un pequeño paso para el hombre y un gran paso para la humanidad». ¿Miles de años contra sesenta y seis? Es demasiado, es un cambio tremendo en muy corto tiempo que nos desconcierta y atribula. Los ejemplos pueden multiplicarse. Un fondo de inversiones de Hong Kong dispone desde hace algunos años de un algoritmo llamado «Vital» que tiene «asiento con voz y voto» en el consejo de administración porque analiza los mercados con mucha mayor rapidez que todos los demás consejeros juntos. Se dirá que ese algoritmo carece de inspiración para imaginar un negocio novedoso, y es cierto, pero tampoco cometerá errores, jugará siempre sobre seguro y eso es una garantía para los inversores que, por esa razón, le permiten vetar operaciones que «no vea» claras. Igualmente son algoritmos los que ya hoy proporcionan

asesoría jurídica a los jueces en Estados Unidos, presentándoles en minutos todos los antecedentes que hay sobre un tema determinado, y lo mismo sucede con la medicina o en otros ámbitos.

Con mucha menos sofisticación se han producido también cambios en cuestiones que parecían inmutables, como en la velocidad de marcha de los ejércitos que ha sido de 4,5 kilómetros por hora desde el momento en que los incas y los romanos dispusieron de buenas calzadas hasta que *la Grande Armée* de Napoleón cometió el error de meterse en Rusia. Su ritmo no cambió durante cientos de años hasta ahora en que los soldados no necesitan acercarse ni verse las caras, combaten a distancia y los misiles Tomahawk caen sobre sus cabezas disparados desde miles de kilómetros de distancia como bien saben los sirios y los iraquíes. No los ven llegar. En 1619 Felipe III tardó dos meses, sesenta días, en viajar desde Madrid a Lisboa en una carroza que hoy se exhibe en el Museu dos Coches de la capital portuguesa, en lo que, a juzgar por el artefacto, debió de ser un viaje muy incómodo que contrasta con la hora escasa que tarda hoy un vuelo entre ambas capitales. Sale uno de Madrid por la mañana, hace lo que tiene que hacer en Lisboa y puede regresar con tiempo sobrado para cenar en casa. Por eso dice Ignacio de la Torre con humor y acierto que entre el faraón Keops y Cleopatra transcurrieron dos mil quinientos años sin que la vida en Egipto cambiara de forma sustancial, mientras que el mundo se ha vuelto irreconocible en los dos mil años transcurridos entre Cleopatra y McDonald's.

La rapidez con la que hoy ocurre todo le llevó al historiador inglés Arnold Toynbee a afirmar con bonita metáfora que el polvo que levantan los cascos de los caballos de la historia cuando galopan nos impide ver con nitidez lo que ocurre en derredor. Necesitamos perspectiva y dejar que ese polvo se pose en el suelo para volver a ver con claridad, y no lo conseguimos porque el ritmo trepidante del avance de la historia no se detiene y cada vez ocurren más cosas que se amontonan unas sobre otras, o se suceden unas a otras con la mayor rapidez. Sin descanso. Todavía no hemos asimilado un cambio cuando

ya tenemos otro delante de nuestras narices. No hay pausa y eso nos perturba. Los niños actuales no conciben un mundo sin cosas tan recientes como el teléfono móvil, la tablet y los videojuegos... que simplemente ni existían ni se imaginaban hace treinta años. Y nadie es hoy capaz de prever los artilugios de que dispondrán nuestros nietos dentro de otros treinta. Siento mucha curiosidad por lo que ellos verán y yo ya no podré ver. Por eso no entiendo a esa gente que dice que le gustaría haber vivido en el imperio romano, el Renacimiento italiano o en la corte de Luis XIV. En mi opinión, lo realmente fascinante es el futuro lleno de interrogantes, y si algo lamento es carecer de los conocimientos necesarios para poder participar en ese salvaje Oeste que es la nueva frontera del saber, desde la astrofísica a la biomedicina o la computación cuántica.

Marco Aurelio decía que «el tiempo es una corriente impetuosa, un río de acontecimientos», y eso ha sido siempre así, lo que pasa es que ahora esa corriente ha aumentado tanto de volumen que el caudal se ha desbordado. Eso es consecuencia de la combinación de cuatro revoluciones que tienen lugar en nuestras vidas de forma simultánea. Nunca en la historia de la humanidad se había producido nada parecido. Esas revoluciones son la tecnológica, la demográfica, la genética y la de la información. Juntas, sus efectos son cumulativos y son responsables de nuestras dificultades para seguir el ritmo del progreso. La leyenda cuenta que cuando el inventor del ajedrez, un indio que al parecer pudo llamarse Susa Ben Dahir, se acercó a la corte mogul para mostrarle al rey su juego, este quedó tan fascinado que ofreció darle a cambio lo que le pidiera. Entonces el inventor, con falsa modestia, le contestó que se conformaría con recibir un grano de arroz en la primera casilla, dos en la segunda, cuatro en la tercera y así sucesivamente hasta el final del tablero. Ni uno sabía las consecuencias que iba a tener pedirlo ni el otro las de aceptarlo. Al rey le pareció una estupidez pedir eso cuando podría haber pedido tesoros y le contestó que se lo concedía. Solo más tarde sus consejeros le advirtieron de que no tenía arroz en todo el reino para pagar su compromiso porque la

suma total de lo debido, de tan inocente apariencia inicial alcanzaba la asombrosa cifra de 18,5 trillones de granos, es decir el equivalente de un depósito de arroz en forma de cubo con 1,5 kilómetros de lado. Una barbaridad inimaginable. Entonces la leyenda cuenta que el rey, en lugar de pedir un préstamo al Fondo Monetario Internacional para pagar su deuda como haría hoy Argentina, por la sencilla razón de que entonces no existía, decidió cortar por lo sano y nunca mejor dicho porque ordenó que le cortaran la cabeza a quien había tenido el atrevimiento de burlarse de él.

Aunque esta historia puede ser perfectamente falsa, la traigo a colación porque siguiendo con la analogía del juego de ajedrez, la combinación del paso del tiempo con las tres revoluciones hace que nos encontremos hoy en una casilla pasada ya la mitad del tablero, y que cada salto a la casilla siguiente sea de tal magnitud que el cambio no es solo cuantitativo sino también cualitativo. Y eso es motivo de desconcierto e inseguridad, aunque no llegue a explicar suficientemente la sensación de desamparo e incertidumbre que nos domina. Hay otras razones, y entre ellas destacan el vaciamiento de competencias por parte de un Estado, al que durante siglos hemos vuelto la mirada en momentos de dificultad, y la crisis de la misma globalización tras no saber lidiar adecuadamente con dos desastres sucesivos de gran magnitud como han sido el económico-financiero de 2008 y el que nos deja la pandemia del coronavirus.

Empecemos por el Estado: incluso en pleno apogeo del COVID-19, en el primer trimestre de 2020, cuando la epidemia arreciaba con mayor intensidad, no pedimos ayuda a las Naciones Unidas, a la Organización Mundial de la Salud o al Fondo Monetario Internacional, sino al Estado y a nuestro sistema nacional de salud. En Italia, los vecinos de Milán, confinados en sus casas, cantaban el himno nacional o la canción partisana «Bella ciao» desde sus ventanas para darse ánimo, reafirmando así su unidad tribal ante el peligro compartido porque el virus, al tiempo que nos recluía, ha acrecentado nuestra sensación de pertenencia a una comunidad de la que esperamos apoyo y salvación.

Y esa comunidad en el siglo XXI sigue siendo el Estado nacional. Queremos que nos saque las castañas del fuego cuando tenemos problemas, y el pobre en no pocas ocasiones ya no puede hacerlo.

El Estado moderno nació con los Tratados de Westfalia que en 1648 pusieron fin a la guerra de los Treinta Años en Europa. Hoy no podemos ni imaginar el desastre que aquello fue para nuestro continente. ¡Miles de muertos y tres décadas de conflicto en las que los ejércitos en su avance o retirada destruían cuanto encontraban a su paso! Los ciudadanos, que no querían volver a pasar por nada parecido, hicieron entonces un pacto social por el que, en términos muy generales, ofrecían al soberano obediencia e impuestos a cambio de seguridad y trabajo. Y los Estados han cumplido bastante bien durante tres siglos y medio con la parte que les correspondía, pero hoy comienzan a no poder hacerlo. Y no pueden porque con los tremendos cambios que ha habido en los últimos años ya no controlan la economía que, en nuestro caso, está mediatizada por el Banco Central Europeo en cuestiones tan sensibles como el techo del gasto; no controlan la moneda porque el euro ya no es nacional sino una moneda común y uno no puede devaluar cuando las circunstancias nacionales lo aconsejarían; no controlan la seguridad porque el Tratado de Schengen obliga a mantener abiertas las fronteras interiores e impide cerrar el flujo de personas salvo en circunstancias excepcionales, como las derivadas de la expansión del coronavirus o la llegada masiva de inmigrantes; no controlan el comercio ya que compartimos una unión aduanera y un mercado interior y de la política comercial, tratados y aranceles se ocupa Bruselas; y porque tampoco controla la información, que fluye con bastante libertad, al menos en Occidente, por internet y las redes sociales que afortunadamente cuentan lo que quieren, en general sin censuras, aunque paguemos el precio de que con frecuencia también difundan falsedades... Como dice Daniel S. Hamilton: «El mundo de la “seguridad nacional” de la era atómica debe dejar lugar a las realidades de seguridad transnacionales de la era poscovid. Gobiernos acostumbrados a proteger sus territorios deben

ahora pensar con más fuerza en cómo proteger su interconexión —los flujos de comida, medicinas, bienes, servicios, dinero, personas e ideas que son la corriente vital que alimenta el bienestar de sus naciones». Por si esto no fuera suficiente, el Estado ha perdido muchas otras competencias, unas hacia arriba, hacia organizaciones con rasgos supranacionales, como es la Unión Europea, y otras hacia abajo, hacia instancias inferiores como en nuestro caso son las comunidades autónomas. Como consecuencia, el Estado no dispone de los resortes que hasta ahora le han permitido cumplir con su parte del trato, y a pesar de ello los ciudadanos le seguimos pidiendo que lo cumpla al igual que nosotros lo hacemos, pues seguimos obedeciendo y pagando impuestos. Y como no puede hacerlo, eso nos decepciona y aumenta nuestra sensación de indefensión y de vulnerabilidad.

Pero aún es peor porque el Estado solo está en condiciones de ofrecer respuestas locales a problemas que son globales y que le desbordan ampliamente como el cambio climático, el terrorismo internacional o las migraciones masivas, por citar solo algunos ejemplos que exigen la cooperación internacional para poder hacerles frente con garantías de éxito, porque si uno espera a los terroristas dentro de las propias fronteras siempre llegará tarde a detenerlos. La misma crisis del COVID-19 ha desnudado estas carencias, si es que hacía falta, pues, como bien ha dicho Warren Buffett, es cuando baja la marea cuando se ve quién se baña desnudo... y ahora el agua se ha retirado tanto que ha dejado al descubierto las vergüenzas del Estado. Cuando Europa se convirtió en el foco de la pandemia una vez que comenzó a remitir en China, se constató que, por mucho que los ciudadanos miraran a su gobierno y a su sistema sanitario, las barreras fronterizas no funcionaban porque el virus no se detenía ante ellas, no las respetaba. Y con las fronteras saltaba también nuestra seguridad y nuestra misma sensación de seguridad. Nos quedábamos a la intemperie mientras echábamos de menos un liderazgo y una coordinación internacional que —al principio al menos— no han existido. Esta ha sido la primera crisis global desde 1945 sin liderazgo

global, y se ha notado mucho. Por ese motivo, las medidas que cada uno hemos tomado con la mejor intención han resultado insuficientes, poniendo de relieve que el Estado se nos ha quedado pequeño para enfrentar retos que le desbordan y que cada vez serán más frecuentes en un mundo globalizado.

En un mundo en el que la soberanía ha perdido muchos de sus atributos (¿qué soberanía es la que no controla la moneda, las fronteras o la economía?) llama la atención la eclosión de nacionalismos identitarios que aparentemente pretenden hacer aún más pequeño e ineficaz lo que ya lo es. Enrico Letta ha dicho con humor que en Europa hay países pequeños «y otros que aún no saben que lo son», pues en 2050 ninguna economía europea estará entre las diez primeras del mundo, y más vale que tomemos nota para adoptar los remedios oportunos mientras todavía tengamos tiempo.

En definitiva, el Estado hoy se ha quedado pequeño, no es capaz de ofrecernos el cobijo y la seguridad que nos daba en otros tiempos (en proporción a las condiciones de cada momento) y esa es una buena razón para el desasosiego que sentimos. No es que llueva, es que está jarreando y al viejo paraguas se le salen las varillas y no da para más. A lo que se añaden otros problemas que aún minan más nuestra ya enflaquecida confianza, como son los de la corrupción recurrente que justamente indigna a la ciudadanía; unos sindicatos esclerotizados que protegen a los que tienen trabajo pero dejan a la intemperie a los que lo buscan por vez primera; unos partidos políticos más atentos a sus propios intereses que a los de los ciudadanos a los que dicen representar, que olvidan sus compromisos electorales y que con sus listas cerradas impiden que surjan ideas nuevas. Cuando no se trata de la misma falta de sentido de Estado de políticos que anteponen sus intereses personales a otras consideraciones en su afán de alcanzar o mantener el poder a cualquier precio. Toynbee creía que nuestra civilización iba mal encaminada porque, a su juicio, sus élites han dejado de ser creativas para ser «extractivas», o sea que toman más de lo que crean. Mandan, pero no lideran. ¡Y eso lo decía en 1939!

Según Freedom House, que hace un informe anual sobre la salud de la democracia en el mundo, de una población de siete mil seiscientos millones, el 39 por ciento vive en sociedades libres, un 24 por ciento en países que solo lo son parcialmente, y un 37 por ciento en otros que no lo son. No serían resultados terriblemente malos si los comparamos con de dónde venimos, si no fuera porque la tendencia no es buena y 2021 ha sido el decimoquinto año consecutivo con más retrocesos que avances. A lo largo de ese año, sesenta y ocho países perdieron calidad democrática y solo cincuenta la ganaron. Ecuador o Zimbabue (!) han mejorado (¡tenían espacio para hacerlo!) mientras que las libertades han retrocedido en Polonia, Hungría, Rusia, China, Turquía, Arabia Saudita, Brasil, Venezuela... y también en Estados Unidos, donde durante el mandato de Donald Trump se ha observado un deterioro en cuestiones como el funcionamiento de la división de poderes, la libertad de prensa o la independencia judicial. Lo dice Freedom House. Y eso se confirma con el dato de que veintidós de los cuarenta y un países considerados como «libres» también han empeorado durante los últimos cinco años. Es grave y a la misma conclusión llegan independientemente los sociólogos Anna Lührmann y Staffan I. Lindberg cuando dicen que desde 1994 hemos tenido una ola creciente de autoritarismo (ellos dicen «autocratización») que ha afectado a nada menos que setenta y cinco países, desde Filipinas hasta Brasil y desde Myanmar a Turquía.

Y esto nos lleva a otro problema mayor como es la crisis del sistema democrático con sus elecciones, sus libertades y sus derechos, su sistema de poderes y contrapesos y todo lo demás. Lo afirman gentes como el primer ministro canadiense Justin Trudeau que cree que «la gente está perdiendo la fe en sus mandatarios», o Frank Walter Steinmeier, presidente de Alemania, que constata con pesar que en su país y en el mundo «crece el discurso del odio», y ambas son muy malas noticias. Cabe preguntarse el porqué de esta situación que contrasta con la ola de libertad que se vivió en el mundo a finales del siglo pasado, cuando desapareció la Unión Soviética. Muchos países abra-

zaron entonces con entusiasmo las formas democráticas y, desgraciadamente, treinta años más tarde, se constata que algunos no han sido capaces de conservar las libertades que entonces consiguieron. Las causas son variadas y, aparte del desengaño con el Estado, al que nos acabamos de referir, hay otras que tienen que ver con la globalización.

De una forma o de otra, la globalización ha existido siempre y los estudios del comercio del siglo I de nuestra era demuestran que ya existía en tiempos de Roma cuando el Mediterráneo conocía un intenso trasiego de grano, aceite, vino, *garum*... con destino a la metrópoli y con origen en los confines del imperio, como todavía hoy muestra el Monte Testaccio, una colina de 35 metros de altura construida con los restos de las ánforas que llegaban a la capital llenas de aceite, muchas de ellas desde la Bética. En términos generales, es innegable, la globalización ha disminuido la pobreza en el mundo, al mismo tiempo ha hecho crecer las desigualdades que hoy ya nos resultan insostenibles. Los mercados son mundiales, pero su gobernanza no lo es y sigue estando controlada por los Estados y ese es un problema grave. Pero no tiene sentido discutir si la globalización es buena o es mala, porque en realidad es inevitable y lo que hay que hacer es gestionarla bien para que sus efectos positivos superen a los negativos. Y lo que nos ha ocurrido es que mientras las cosas van bien pues todos contentos, pero cuando van mal crujen las costuras del sistema. Y las cosas han ido particularmente mal desde 2008, y eso ha llevado a que queden en evidencia sus consecuencias negativas, como la desregularización, la deslocalización empresarial con la transferencia masiva de procesos productivos a los países asiáticos, la competencia de productos extranjeros a bajo precio con un trasfondo de prácticas laborales condenables, las cadenas de valor largas y muy vulnerables... son algunas de las razones que están detrás de un repliegue nacionalista que intenta vanamente buscar seguridad tras las fronteras, los aranceles y los obstáculos a la inmigración que vemos multiplicarse en los últimos tiempos. Las cosas no han mejorado con la llegada del COVID-19. Por un lado, la globalización ha facilitado su expansión por el mundo gracias a la facilidad que ofrece para viajar. Por

otro, ha puesto de relieve nuestra vulnerabilidad ante *shocks* particularmente intensos, pues la epidemia se propagó con velocidad, dejando muertos en todos los continentes menos en la Antártida, no se detuvo ante los puestos fronterizos, rompió las cadenas de valor... La pandemia exigía una respuesta global y no estuvimos en condiciones de ofrecerla.

Por eso, como reacción de repliegue, crecen los movimientos casticistas que se oponen a las actitudes abiertas e internacionalistas y que en España han encontrado la misma acogida que en otros países europeos con populismos que pretenden tirar abajo la casa del Estado para construir otra que creen mejor, o con nacionalismos insolidarios que buscan soluciones levantando muros lo más altos posible por considerar que ellos gestionarían mejor la situación. Es sintomático que la Asamblea Nacional Catalana naciera en 2011 casi al mismo tiempo que las manifestaciones de los Indignados en la Puerta del Sol de Madrid, porque sus votantes son reflejo —con todos los matices que se quiera y hay muchos— de la crisis de 2008, del malestar y de los temores ante las crecientes desigualdades, de los cambios que trae la robotización y de la llegada de inmigrantes que ponen en cuestión un nivel de vida, una cultura o unos hábitos, una identidad y unas costumbres hasta entonces dominantes. Y son las clases más desfavorecidas las que ven hundirse su economía y temen por el empleo, las que compiten directamente con los recién llegados por el trabajo o los siempre insuficientes recursos educativos y sanitarios, las que engrosan las filas de estos grupos populistas y/o xenófobos que desde entonces se han ampliado con otros a la extrema izquierda y a la extrema derecha del espectro político. Cristina Lafont dice que la raíz de la insatisfacción está en que los ciudadanos han tomado conciencia de que «ejercer el derecho al voto tiene poco que ver con poder influenciar las políticas a las que están sujetos» porque «hay demasiados *atajos* que permiten a actores poderosos tomar decisiones políticas al margen de la ciudadanía». Para ella, los populismos, los etnonacionalismos y las tecnocracias escamotean el poder de los ciudadanos, porque «ser demócrata consiste precisamente en reconocer que no hay *atajos* para obtener mejores resultados».

Pero que nadie piense que España es un caso especial, porque los movimientos populistas antisistema existen en casi todos los países europeos y forman parte de una reacción más amplia que pone en duda si la democracia será o no el sistema más adecuado para las sociedades digitales hacia las que caminamos con paso acelerado. Pankaj Mishra en *La edad de la ira* dice que la raíz del problema está en la contradicción entre un sistema político que predica la igualdad y un sistema económico que al mismo tiempo promueve la desigualdad, y de hecho en países tan democráticos como el Reino Unido, España e Italia —pero donde las desigualdades crecen— hasta dos tercios de los ciudadanos afirman no estar contentos con la forma en la que funcionan sus respectivos sistemas políticos. Y eso era antes de la pandemia: tras su impacto, sin duda, debe ser bastante peor.

Una economía global pide a gritos una gobernanza global o al menos unas reglas comunes y claras de funcionamiento en el ámbito laboral, comercial, de competencia o medioambiental, respaldadas por organismos multilaterales con capacidad para obligar a respetarlas y para resolver los desacuerdos que se deriven de su interpretación. El problema es que este sistema de reglas e instituciones se ha debilitado enormemente durante los últimos años en los que hemos asistido a frecuentes bloqueos del Consejo de Seguridad de la ONU y a guerras comerciales entre China y Estados Unidos mientras perdía prestigio, respeto y eficacia la Organización Mundial de Comercio. Y a falta de reglas comúnmente aceptadas y de foros donde dirimir los litigios, vamos hacia un mundo más inseguro y más injusto donde los fuertes se imponen a los débiles. Como consecuencia, los ciudadanos se sienten inseguros y pierden la fe en el sistema que nos rige desde 1945 basado en el llamado «consenso de Washington»: democracia y libre mercado en un mundo globalizado, con Estados Unidos como garante último de seguridad. El auge de China y de otros países que ofrecen modelos alternativos de gobierno no es ajeno a esta crisis de la democracia, que pierde empuje mientras también se discute el mismo sistema capitalista sobre cuya necesidad de reforma ya han comenzado a surgir ideas.

La democracia debe ser capaz de unir las dos legitimidades de que hablaba Max Weber, la legitimidad de origen y la legitimidad de ejercicio. Hoy, con las dos macrocrisis, primero económica y la del coronavirus después, se ha puesto en duda la capacidad de los sistemas democráticos de ofrecer resultados y responder con eficacia a retos de esa envergadura. Sea como fuere, no hay que dejarse engañar porque los ciudadanos libres y convencidos responden mejor a los retos existenciales que los que lo hacen por miedo u obligación y hasta la fecha, y como ya dijo Winston Churchill, la democracia, con sus defectos, que los tiene, sigue siendo «el peor sistema de gobierno diseñado por el hombre... con excepción de todos los demás». Hoy, España es una de las únicas veinte democracias plenas que hay en el mundo, algo de lo que podemos estar orgullosos y que nos exige luchar por mantener lo que con tanto esfuerzo hemos logrado, sabiendo, como dice David Runciman en *Así termina la democracia*, que la democracia se nutre de retos y de dificultades y se debilita en la complacencia. Si es así, no hay duda de que nosotros estamos en el buen camino.

La conclusión es que objetivamente estamos mejor que nunca, pero vivimos con miedo, nos preocupa el futuro y en consecuencia nos sentimos angustiados. Y, como hemos visto, no nos faltan razones para estarlo en un mundo que cambia a gran velocidad, el avance es vertiginoso porque hemos pisado el acelerador a fondo y como resultado se tambalean pilares que se creían eternos. La culpa la tiene la confluencia en nuestras vidas de las cuatro revoluciones antes citadas: tecnológica, demográfica, genética y de la información.